

LOS LIMITES DEL "MAILLOT"

Pequeño escándalo estos últimos días en Ginebra. En Ginebra, sede de la Sociedad de Naciones y ciudad donde la espuma cosmopolita de los "palaces" y los "kursaaes" flota sobre la substancia moral, profunda y recia, de Calvino... Pequeño escándalo—¿quién lo pensara?—dado por el elemento joven y subalterno de la Sociedad de Naciones.

Un grupo de secretarios y secretarías, de traductores y taquígrafos, de mecanógrafos y mecanógrafas, acudía a bañarse en el Lemán, lago magnífico, dominado por el Mont Blanc, surcado por ligeros vapores, poblado de cisnes y gaviotas, y cuyo genio diríamos que es Rousseau, en su pequeña isla, semidormido en un sopor de estatua, que sacude por momentos para medir el ritmo de la vida contemporánea y observar el espectáculo buropolidiplomático de la Sociedad de Naciones, que tiene sus pinceladitas—¡oh, muy temues!—de *Contrato social*. Y esas pinceladitas se las pone, contemporizador y barbudo, el simpático Albert Thomas.

Volvamos a nuestros bañistas... El Lemán es un lago muy grande. El tráfico comercial y turístico no puede absorberlo. Queda sí para los deportes: los nadadores y los aficionados al *watter polo* se divierten en el Lemán. En las plácidas riberas de éste hay campos de tenis, arsenales de balandros, chocolaterías, restaurantes. El lago es un buen "lugar de placer".

El elemento joven de la Sociedad de Naciones—elemento cosmopolita, interracial, rubio y moreno, femenino y viril—se baña en el lago azul. Azul y verde. Según las horas. Y en las del crepúsculo, de un color violeta que enternecía en sus paseos solitarios al pudoroso Amiel.

La *jeunesse* de la Sociedad de Naciones se bañaba en el lago. Como en Deauville, como en Brighton, como en Biarritz. En *maillot*. En Ginebra no escandalizaba el *maillot*, ese traje de baño que, una vez mojado, se ciñe al cuerpo como una segunda piel. Como una piel negra y lustrosa de anfibio. Pongamos como una piel de foca. Los secretarios y las mecanógrafas tenían así un conocimiento visual recíproco de sus condiciones corporales: el *maillot* respeta los volúmenes y descubre en brazos y

piernas el color. Es prenda temible para las personas "mal hechas" o de carne demasiado hirsuta. Por eso suele recatarse bajo los albornoces de felpa. Por eso es grande el número de sus "enemigas". La campaña contra el *maillot* no se funda tanto en la moral como en la Estética. En la Estética es delictable que una persona en *maillot* sea descubierto.

tivo para los ojos de un artista que una de esas playas de lujo donde las familias inglesas hacen su presentación en *maillot*.

Ignoro si los secretarios y traductores, si las taquígrafas y mecanógrafas de la Sociedad de Naciones eran dignos de figurar en el archivo fotográfico de Vidal. Ello es que unas y otros se zambullían y nadaban en el lago de Ginebra sin que la sombra de Calvino se ofuscará. Pero una mañana—o una tarde—se le ocurre a esa juventud burocrática jugar al tenis después del baño. Lo correcto hubiera sido substituir el *maillot*, mojado y adherido a los músculos, por los pantalones blancos, los *jerseys* y las falditas propios del juego. Fué una innovación peligrosa, una licencia a todas luces temeraria la de... no cambiar de traje para jugar al tenis.

Y Ginebra se escandalizó. Mientras en su isleta verde y silente, la estatua del gran enamorado de la Naturaleza sonreía allá, en la parte alta de la ciudad, por el lado del Colegio de Calvino, la sombra del seco fundador se levantaba iracunda. La juventud de la Sociedad de Naciones—*sans arrière pensée*, es claro—había traspasado los límites de la decencia pública. No está permitido jugar al tenis en *maillot*. Indumentaria excesivamente sobria para un deporte que pone en juego todos los músculos y obliga a realizar todas las *poses*. Percatado de ello, el Consejo de la Sociedad de Naciones llamó al orden a los secretarios y las mecanógrafas. Quienes, de ahora en adelante, adoptarán para jugar al tenis la indumentaria *comme il faut* del Rey Gustavo y de Susana Lenglen.

De acuerdo. Cada cosa en su punto. El *maillot*, para dentro del agua... En tierra, una indumentaria higiénica y decente. Por estética y por moral.